

ÁFRICA O LA ETNICIDAD MANIPULADA

Labeu A. Madeleine Alingue¹

INTRODUCCIÓN

Con el fin de la era bipolar y la definición del proceso de globalización nos hacemos testigos de un nuevo acontecer internacional que los analistas definen como el periodo del «retournement du monde»² con el surgimiento de nuevos actores internacionales que plantean nuevas pautas de intercambio. Las culturas, en este escenario, son las nuevas protagonistas de este actuar internacional cuyo eje movilizador son las identidades. Por eso, frente a los movimientos separatistas de Europa central, el peso cultural del conflicto ha suplantado en muchas ocasiones lo ideológico, lo político, lo económico y lo social.

Sin embargo, África, el continente por excelencia de los conflictos étnicos o culturales, tiene un referente diferenciado ya que la fuerte connotación cultural de las situaciones conflictivas, que se le ha dado, surgidos en los años 80's, pone no solamente en dificultad el

proceso de globalización sino que cuestiona la universalidad del sistema democrático.

A la marginalización económica y política del continente del escenario internacional se añade la incompreensión de los nuevos sucesos culturales. Hablar de cultura en África lleva a la temática de la diversidad étnica. Según el enfoque dado a la problemática africana, en el contexto actual, la literatura especializada relaciona lo «étnico» con «conflictividad». Liberia, Somalia, Etiopía, Ruanda, Burundi, para citar los más divulgados por los medios de comunicación, son los casos en los cuales lo «étnico» se vuelve responsable del «conflicto».

Las tres principales interpretaciones que llegan a esta conclusión son: primero, que África después de sus dos periodos de luchas, la de la independencia y luego la de la guerra fría ha alcanzado su fase de conflictividad étnica o tribal; segundo, que el factor étnico es un cómodo y sencillo instrumento para justificar el desinterés de las

-
- 1 Profesora de la Pontificia Universidad Javeriana, la Universidad Externado de Colombia y de la Universidad de los Andes. Especialista en Africa Subsahariana.
 - 2 Bertrand Badie *Le Retournement du Monde*, Presse de la Fondation Nationale des Sciences Politiques & Dalloz, Paris, 1995

potencias frente al acontecer africano; y tercero que las crisis africanas no son síntomas de descomposición sino de búsqueda de equilibrios³. Equilibrios étnicos después de las perturbaciones introducidas por su historia colonial y descolonización, la crisis del estado importado con su modelo de organización de la sociedad, crisis de los conceptos como los de «Nación», por la adecuación de diferentes comunidades étnicas bajo un sistema político común, consecuencia de la delimitación arbitraria de las fronteras y por el concepto de «desarrollo» con la reinención de las formas de funcionamiento de la economía.

En este estudio me dedicaré, en una primera parte a observar y analizar los sucesos y procesos de las identidades étnicas durante el periodo colonial para resaltar sus diferentes interpretaciones; en segundo lugar, enfatizaré sobre cómo los colonizadores rompieron los equilibrios existentes para adecuarlas a sus administraciones. Y, en una última parte, examinaré los mecanismos de integración o de exclusión aplicados por los nuevos Estados para manejar el delicado tema étnico.

Este análisis tiene por objetivo plantear, bajo la óptica poscolonial, que la colonización ha sido el factor principal de la creación del sentimiento étnico como arma de segregación o desintegración dentro de un sistema donde las fisiones o fusiones culturales eran, según los principios de convivencia existentes dentro de los sistemas políticos precoloniales africanos, las formas más saludables de vivir la diversidad étnica

DE LA DIVERSIDAD HOMOGENEA A LA SEGREGACIÓN INVENTADA

A finales de los años 50 hasta mediados de los 70, se iniciaron los procesos de inde-

pendencia de los pueblos africanos. En todos los nuevos países la prioridad radicó en la construcción del Estado- Nación.

Para los nuevos países independizados la mayor problemática heredada de la colonización fue y es la delimitación arbitraria de los territorios. El nuevo diseño de las fronteras, consolidado a través de la Conferencia de Berlín en 1884, rompió la continuidad de ciertas sociedades indígenas y reunió otras que nunca habían convivido anteriormente bajo un mismo sistema político. Muy pocos son los casos en los cuales la delimitación territorial coincidía con los límites políticos de las sociedades indígenas⁴. Excepciones dicientes que deberían ser investigados, son los casos de Lesotho, Swazilandia, Ruanda y Burundi.

Así, antes de la penetración europea en el continente, las fronteras de las sociedades indígenas eran fluidas y permeables, y las fisiones o fusiones eran muy comunes. Un imperio tan grande como el Malí medieval - de superficie superior a la Europa no rusa - estaba encuadrado por los Maninka o manding, pero en su seno se hallaban pueblos pastores como los Pehl o Fulbé, agricultores como los Takruú y Wolof, pescadores como los Somono y Sorko e incluso antiguos reinos que preservaban sus instituciones y ejércitos como los Soninké de Dia y los Sonray de Gao. Otro ejemplo es los Karanga del Mwene Mutapa (El señor de las Conquistas) en el sudeste continental, quienes en el siglo XV controlaban militarmente todo el curso medio y bajo del Zambeze, manteniendo sometidos a los pueblos que les habían precedido en el área, pero procurando muy diplomáticamente que la esposa principal del rey fuese siempre una Tonga, una mujer de los antiguos pobladores vencidos.

Tampoco, en el siglo XVI, la hegemonía política de los Sonray en el Níger medio

3 Howard W.French, «Emerging Regional Powers Challenge Africa's» en *New York Times*, 24 Oct.1987
4 Michel Foucher, *Fronts et Frontières: Un Tour du Monde Geopolitique*, Fayard, Paris, 1991, pp.44

suponía la imposición de una lengua ni la uniformidad religiosa o judicial sobre pueblos tan dispersos como las ciudades Haousa, el Agadés de los Touareg o las ricas ciudades mercantiles de Djenné y Tombuctu. En el África clásica, los sistemas políticos vivían la diversidad como un hecho normal, sin excesivas fricciones.

La penetración europea, resultado principalmente de los cambios de las condiciones políticas y económicas mundiales, y la obsesión por acaparar los bienes materiales dará a la relación euroafricana un marcado acento mercantil. El establecimiento generalizado de plantaciones en América y el exterminio de gran parte de los pueblos amerindios definirá la demanda, en proporciones industriales, de esclavos africanos considerados buenos agricultores y bien adaptados a los climas tropicales.

La colaboración de los poderes costeros negroafricanos - estatales y de clanes - para fortalecer su prestigio y riqueza condujo a un sistema endémico de guerras. Además, con la militarización generalizada de los pueblos entre los siglos XVI y XIX, la posibilidad de conquistas para la obtención de mano de obra esclava para la exportación generó tensiones inter-clánicas y sobre todo llevó a un lento proceso de crispación social paralizándolo la demografía (se estima en más o menos 200 millones las deportaciones humanas a lo largo de los cuatrocientos años de trata negrera; de los 95 millones de habitantes en el continente en 1550 el censo del año 1900 estimó solamente 90 millones), brutalizando los comportamientos y banalizando la vida humana. Los pueblos de la zona fueron sin excepción afectados por la guerra, la inestabilidad, el endurecimiento en las reacciones de dependencia, el abandono de numerosas tareas agropecuarias, la marginación y la transformación del pensamiento religioso y artístico en sistemas de terror y coacción.

Dados estos antecedentes, la experiencia colonial, que duró menos de 100 años, establecerá en África subsahariana nuevos

mecanismos de intercambio y dominación del continente.

El acercamiento a las poblaciones indígenas fue un acercamiento indirecto, a través de los jefes estatales o clánicos para mantener controladas las poblaciones indígenas. Con mayor o menor propensión al centralismo administrativo, los colonizadores tuvieron que llegar a acuerdos con los jefes políticos y religiosos, sin cuya colaboración las revueltas habrían liquidado cualquier beneficio. Y esto no fue suficiente, porque tuvieron que recurrir a la formación escolar de pequeños núcleos de africanos para desempeñar un papel subalterno en la administración, el ejército y en tareas de interpretes; eran grupos de occidentalizados capaces de entender la lógica moderna colonial y las maneras tradicionales africanas de pensamiento y de acción. A esto se llamó la política de «asimilación» de los franceses o la «*indirect rule*» (gobierno indirecto) de los ingleses.

El pequeño sector de occidentalizados, salido de escuelas públicas o misioneras, tendría siempre una función ambivalente para el sistema colonial: de un lado, eran reconocidos por la población como jóvenes en ascenso social y por lo tanto bien situados para facilitar favores y ayudas; del otro lado, tenían de sí una alta concepción en cuanto a modernizadores de sus pueblos, aquellos que juzgaban atrasados según la óptica de sus maestros. Esta ambivalencia se reflejaba en sus labores, puesto que ayudaban a la preservación de la ley y del orden, transformando las leyes civiles tradicionales en beneficio del poder colonial, imponiendo impuestos y proveyendo hombres para los requerimientos de construcción. Los occidentalizados nunca perdieron la conciencia de su peso político en el conjunto de la población, en cuyo seno buscaron apoyo en la lucha para la independencia, pero sobre cuyos comportamientos tradicionales tenían graves reparos. Esta ambigüedad fundamental, forjada a comienzos de nuestro siglo, sigue

siendo hasta nuestros días el talón de Aquiles de los países africanos, fracturados entre minorías occidentalizadas que sueñan con una modernización al estilo colonial y la mayoría de la población que no entiende ni el individualismo ni la concepción capitalista del trabajo.

Dado los imperativos de la administración colonial, a estos dos primeros sistemas de división, el del apoyo del los jefes y el de la creación de un sector de occidentalizados, se añadirán otros que agudizaran las tensiones interétnicas.

Primero, la localización de las zonas de explotación comprobó que el impacto de las leyes coloniales variaban dentro de los territorios: lo más típico era que las zonas costeras fueran propicias a desarrollos administrativos más importantes, con mayor actividad comercial y una presencia educativa y religiosa más intensa. Casos como los de Costa de Marfil y Nigeria, en donde los norteños fueron desvinculados de los procesos de desarrollo, o Kenya con los Kikuyu, el Congo Belga, Chad, Ruanda⁵. Las poblaciones desfavorecidas guardaron resentimiento frente a los privilegios lo que reforzó el sentido étnico para la lucha en procura del reconocimiento político y de una mayor redistribución económica.

Segundo, el funcionamiento de la estructura colonial dependía mucho del papel de los jefes, pilares e intermediarios obligados de la dominación, lo que llevó a los colonizadores a pensar que las poblaciones necesitaban ser dirigidas por jefes naturales o a inventarlos en casos donde no habían. El caso más relevante es el de Suráfrica: para controlar el retorno de las poblaciones a sus lugares ancestrales después de las rebeliones del Mefcane, los europeos crearon una forma de *indirect rule*, reagrupando estas poblaciones en reservas. Como no te-

nían un representante único, los administradores europeos, pensando en esa supuesta necesidad de los pueblos a ser gobernados por jefes, nombraron como representante único de diversas comunidades étnicas un occidentalizado con poderes de control local. Así, la invención étnica sirvió a los intereses del sistema de dominación.

Esta dinámica de reagrupamiento llevó igualmente a la creación de lenguas vernaculares o «pato», que con el paso del tiempo llevaría las poblaciones a una identificación con un grupo lingüístico, como el Swahili en Kenya o el Funigalore en las zonas mineras de Suráfrica.

EL "INTERCAMBIO HEGEMÓNICO"⁶

A la hora de la independencia, el líder nigeriano Obafemi Awolo decía en 1947 que Nigeria era «una mera expresión geográfica»; la problemática era crear una identidad nigeriana. La diversidad interna de Nigeria y los problemas que revelarían para la construcción de la Nación eran comunes a los nuevos estados independizados. Comparativamente hablando, los estados europeos enfrentaron estas contradicciones culturales de manera muy distinta pues el tiempo y los mecanismos de integración nacional se fueron dando de forma progresiva. Es decir, que los logros obtenidos se dieron a fuerza de luchas graduales, en el contexto de unas condiciones socioeconómicas definidas que podían permitir los avances al nivel de consolidación de una cierta identidad nacional.

La situación africana después de las independencias era muy distinta, pues África no había tenido tiempo de madurar sus procesos evolutivos; al contrario, la posición

5 David Welsh, *The Roots of Segregation*, Oxford University Press, Londres, 1971, pp.7-30.

6 Expresión tomada de David Rotchild en *Politics and Society in Contemporary Africa*, Boulder: Lynne Rienner, Nueva York, 1992, pp.127

africana siempre fue de reacción a situaciones externas (la penetración europea con sus resistencias armadas, el repliegue hacia sí por protección o la colaboración con el imperialismo económico y cultural europeo), en donde nunca hubo conformación de entidades administrativas estatales que hubieran podido canalizar las diferentes fuerzas étnicas bajo el solo lema de la creación de la nación. En África el subdesarrollo económico, la escasez de recursos humanos calificados, las estructuras administrativas establecidas por el poder colonial eran inadecuadas para ofrecer la posibilidad de un desarrollo propio. Estos fueron los elementos encontrados por los nuevos dirigentes para la formación y consolidación del concepto de la Nación. Adicionalmente, al obtener sus independencias los estados africanos en su mayoría se dotaron de instituciones democráticas. Cabe añadir que la preparación de los occidentalizados para manejar la autonomía gubernamental ofrecida por los poderes coloniales variaba: los ingleses y los franceses hicieron más que los belgas, que intentaron algo en los últimos años de su dominio, y los portugueses quienes no hicieron nada.

En el marco de los estudios sobre etnicidad en África subsahariana, una de las tendencias más importantes ubica el origen de la etnicidad en el periodo colonial. Autores como Jean-Francois Bayart sostienen que «la consolidación de las identidades étnicas son incomprensibles si son separadas del régimen colonial»⁷; esta afirmación esta fundamentada en los trabajos de Leroy Vail en su libro «La creación del tribalismo en África Subsahariana quien afirma que «la

eticidad no es un residuo cultural natural sino una creación ideológica calculada»⁸.

Esta teoría «constructivista»⁹, a pesar de dar respuestas más profundas que las teorías «primordialistas» (etnias rígidas) e «instrumentalistas» (manipulación total del papel de las etnias), no resuelve todas las inquietudes sobre, por ejemplo, las diferencias en las decisiones ideológicas tomadas por individuos que aparentemente han tenido trayectorias similares. Ejemplos no faltan: a finales del siglo XIX, en el Natal, la clase de los pequeños burgueses africanos despreciaba el «tradicionalismo» y como buenos cristianos buscaban adquirir un estatus equivalente al de los colonos. Alcanzarlo significaba distanciarse al máximo socialmente de sus orígenes y familiares. En Kenya, la base fundamental de las agitaciones políticas Kikuyu era la Asociación Central de los Kikuyu (creada en 1924), en el cual Jomo Kenyata era una figura dirigente. Pero como lo señala David Welsh¹⁰, solamente cuando la Asociación fue considerada ilegal, sus dirigentes apoyaron la Unión Africana de Kenia (creada en 1944), una organización que reivindicaba los derechos de todos los africanos en una base étnica mucho más amplia.

Es obvio que el poder colonial jugó un papel importante en la creación de las etnicidades: de un lado, las disputas son tautológicas puesto que el concepto de etnicidad es por definición un concepto relacional. El hecho que las estructuras administrativas coloniales reagruparan una diversidad muy amplia de comunidades étnicas en espacios definidos, hacía que las interacciones entre ellas fueran inevitables, dando por sentado que las sociedades precoloniales no eran

7 Jean Francois Bayart, *L'Etat en Afrique; la Politique du Ventre*, Fayart, Paris, 1989, p.51

8 *ibid.*, pp.7,12,13.

9 Según el trabajo de Craford Young en *The Politics of Cultural Pluralism*, University of Wisconsin Press, 1976, Leroy Vail propone una nueva versión al entendimiento global de la problemática étnica en el África, pues introduce el periodo histórico de la colonización que nunca había sido considerado por los analistas como elemento formador de las etnicidades. Para muchos autores la preservación de los grupos étnicos era representativo de la poca capacidad africana a establecer vínculos con otros grupos y por ende de su arcaísmo.

10 Welsh, *The Roots fo Segregation*, pp.94-319

estáticas sino dinámicas, con la existencia de relaciones comerciales y de alianzas realizadas en periodos de guerras.

Generalmente todo proceso de fisiones y fusiones, conquistas, dominaciones y absorción sugiere que las fronteras son fluidas y permeables, contrario a lo que el concepto primordialista de etnicidad nos quiera sugerir.

En muchos casos la contribución del poder colonial a la etnografía fue directa. Los Igbo en Nigeria y los Kikuyu en Kenya son casos de sociedades indígenas que se consolidaron realmente sólo después de las presiones europeas y estructuradas en movimientos políticos¹¹. El sentido de ampliación de las comunidades Igbo o Kikuyu sucedió únicamente en reacción a la dominación colonial (apuntando a que conceptos como los de Igbo, Ovambo, Kikuyu, Xhosa o Shona no hacen referencia a grupos solitarios y monolíticos sino a unas categorías amplias y fusionables). Los Mfengu en Suráfrica son una amalgama de poblaciones diseminadas por las revueltas y asociados con los Mfecane y localizados en el Ciskei¹².

Aún más relevantes son los casos de creación étnica por equivocación. El ejemplo clásico es el de los Ngala en Zaire. Ngala fue el nombre utilizado por los comerciantes y exploradores europeos para definir a los ribereños en la costa norte del Congo, denominación que progresivamente se transformó en un término genérico de los europeos para describir los africanos de la zona, reclutados al servicio del estado y apostados alrededor de las misiones o en las fronteras. Eso llevó a una identificación de los africanos que tenían estas características sociales.

Sin duda alguna, la administración colonial deliberadamente estableció bases para no

crear un sentimiento de nacionalismo territorial. En Nigeria, por ejemplo, el norte y el sur fueron deliberadamente dejados a un relativo aislamiento para que no hubiera intentos de promover un amplio sentido de pertenencia. En Sudan, otro escenario de conflictos, los árabes del norte y los negros africanos cristianos ubicados en el sur eran administrados por separado, gozando las tres provincias del sur de un estatus de desarrollo especial. El Islam dominaba en el norte y los misioneros convertían a más del 25 % de las poblaciones del sur. La paranoia de una posibilidad de organización nacional llevó a los ingleses a no dejar circular libremente la población entre las dos regiones. Un caso más concreto, en las negociaciones que condujeron a la independencia de Nigeria en 1956, los ingleses negociaron separadamente con los norteños quienes obtuvieron de estos la renuncia a mantener el estatus especial del sur. La consecuencia, entre otras razones, es la continua guerra civil en la región.

En otras regiones en donde los conflictos violentos son endémicos, los europeos tienen una responsabilidad similar. En Burundi y Ruanda, por ejemplo, la administración colonial belga puso en desequilibrio el delicado balance sobre el cual los Hutus y los Tutsi se basaban. Según René Lemarchand¹³ los Belgas entendieron que la estructura tradicional en Burundi era un sistema de estratificación mucho más rígido que el de Ruanda. Manteniendo sometido el tradicional poder Hutu frente al sistema monárquico de los Tutsi, el estado colonial alteró el sistema político preexistente de acopio en beneficio de los Tutsi y aseguró que el frágil balance entre la cohesión y la crisis evolucionara en dirección al conflicto. Lemarchand refuta la idea de que las raíces del conflicto entre Tutsi y Hutus estén basadas

11 David Welsh, «Etnicity in Sub Saharan Africa», *International Affairs*, 72,3,p.481

12 Ibid.,p. 481

13 René Lemarchand, «Burundi in comparative perspective: dimensions of ethnic strife», en «The Politics of ethnic conflict regulation» de John Mc Garry y Brenda O'Leary, Routledge, Londres, 1993, pp.155-156.

en el pasado precolonial y afirma que el inicio fue la competencia desencadenada por los procesos post-independistas.

En el caso de Uganda, el tratamiento especial acordado a Baganda y la aplicación de la *indirect rule* a ciertos imperios han complicado seguramente la búsqueda de un sentido más amplio de la identidad Ugandesa. Una sorprendente mayoría de las poblaciones de Baganda boicotearon las elecciones pre-independistas de 1962 y siguieron afirmando y reivindicando su estatus especial hasta el golpe de estado realizado por Milton Obote en 1966, quien normalizó la situación con respecto a las otras regiones. El autor D. A. Low escribe que «sin lugar a duda la experiencia colonial reafirma el sentido de identidad de Baganda, manifestándose a través de tensiones y revueltas en contra de los Ingleses, y propiciando movimientos separatistas después de la independencia»¹⁴.

La administración colonial pudo desarrollarse únicamente a través de la cultura de la diferencia y las particularidades de las sociedades colonizadas, por lo que los intentos de «nacionalismo» eran percibidos con desconfianza y considerados peligrosos.

Con escasas excepciones, los dirigentes comprometidos en la construcción de la Nación evitaron toda posibilidad de federación y de otorgamiento de derechos a las minorías y a otras etnias que buscaban limitar el poder de los partidos dirigentes. En Nigeria, la federación era inevitable dado que el movimiento nacionalista, contemplando amplias porciones de la población, fundamentó sus políticas promoviendo un sistema que les protegiera de una dominación hegemónica.

La idea de federalismo fue casi unánimemente rechazada por los nuevos estados, que la consideraban una trampa neocolonial, un dispositivo para asegurar que las

regiones mejor dotadas continuarían siendo dominantes económicamente y así limitar los movimientos secesionistas.

De forma similar, los nuevos estados denunciaron el «tribalismo» como un mal que debía ser atacado. La Constitución de independencia de Namibia de 1989 va tan lejos que llega a afirmar que el «tribalismo» es un «flagelo» y una «patología» y estipula que el Parlamento y el Gabinete deben estar atentos contra su surgimiento. El nuevo gobierno de Mozambique declaró en 1975 que era necesaria una ruptura radical con lo tradicional, fenómeno asociado al colonialismo. La constitución estipuló, en consecuencia, la eliminación de «las estructuras tradicionales y coloniales».

La imposición del sistema del partido único fue considerada como la necesidad más efectiva para promover la cohesión nacional, pero se puede afirmar que, en el contexto de búsqueda de liderazgo, este sistema suministraba la forma más legal de eliminar la oposición; además, las racionalizaciones invocadas se fundamentaban sobre el hecho, o pretexto, de que los partidos de oposición eran «divisores», por estar basados en grupos étnicos y/o apoyos regionales, lo que efectivamente se podía corroborar. A pesar del apoyo de la Organización de la Unidad Africana, que declaró inalterables las fronteras, la paranoia respecto de los movimientos secesionistas perduró, pues la lucha por la independencia de las regiones como el Katanga o el Biafra continuaba.

La etnicidad ha podido ser un producto heredado del periodo colonial, como lo afirman autores como Bayart, pero su mayor estímulo proviene ciertamente de las políticas competitivas. La utilización de la etnicidad como fuente política ha llevado a muchos autores a calificarla de «instrumento» étnico e insistir en su factor inventivo

14 D.A. Low, *Baganda in Modern History*, Weidenfield and Nichols, Londres, 1971, pp.233-234.

(como en el caso de Ngala) o en su aparición por equivocación. Sin embargo, los casos de creación étnica, como pura invención o por imputación, son excepcionales y todas las etnicidades no pueden ser consideradas de forma similar.

Tratándose de la evaluación político-ideológica de la etnicidad en África en nuestros días, se podría referir el nuevo fenómeno de «tribalismo político» utilizado por los propios estados para sentar su poder a nivel interno. El llamado «tribalismo político» es un proceso que está destruyendo toda posibilidad de vida civil en común, expandiendo el odio y la guerra entre los pueblos, bajo el signo de la identidad étnica más feroz. Casos como los de Liberia, Somalia, ex Zaire y, en grado menor, Ruanda son expresiones de las violencias promovidas por este tribalismo político. Los líderes, en sus empresas político-militares, son apoyados por una importante reserva de combatientes potenciales. Las estrategias de etnización promovidas por los círculos en el poder han conferido al discurso de identidad un importante poder de movilización. La exclusión selectiva de ciertos grupos étnicos, luego la monopolización de los recursos políticos y económicos ha asignado un matiz político-económico a la pertenencia étnica. Esta movilización identitaria es favorecida por la crisis de la juventud en países como Liberia y el Congo, en los cuales las facciones reclutan la mayoría de sus combatientes. De hecho, en el campo como en las ciudades, los jóvenes viven una situación de doble marginalización. De un lado, se rehusan al trabajo de la tierra y al sistema de dominación tradicional; de otro lado, no llegan a integrarse en el núcleo urbano por falta de formación profesional. Enfrentados a la problemática del desempleo y excluidos de las redes faccionales quienes han monopoli-

zido el aparato estatal y los sectores rentables de la economía, la juventud huyendo del campo se vio excluida de las ciudades. Enganchándose en una facción, los jóvenes adquieren una «profesión» - la del combatiente- que les saca de esta encrucijada. Más allá de las retribuciones materiales, los jóvenes combatientes adquieren un estatus social y una identidad¹⁵.

Los ejemplos demuestran cómo la etnicidad ha sido manipulada como recurso político. Confrontados a los movimientos étnicos radicales, los sistemas políticos africanos han tenido que institucionalizar formas de integración. El nuevo intento lleva el nombre de «intercambio hegemónico». Donald Rothchild lo define así: «El intercambio hegemónico no es simplemente un caso de coordinación (o control) centralizada pues el Estado Africano se identifica por su debilidad y tiene poca capacidad de imponer unilateralmente sus decisiones sobre los grupos etno-regionales; no es tampoco un caso de negociaciones directas con los líderes étnicos elegidos libremente, pues la competición libre y partidaria fue simplemente marginada. Más bien, como un sistema ideal, el intercambio hegemónico es una forma de coordinación facilitadora del Estado, en la cual el supuesto estado central autónomo y un número menos importante de grupos étnicos regionales y otros intereses están comprometidos en un proceso de acomodación mutua, sobre la base de procedimientos, normas y reglas de comprensión comunes»¹⁶.

Esta perspectiva de interacción política tiene como ilustración dos casos: el de Kenya y el de Costa de Marfil. En ambos países los líderes en los 60' y los 70' (Jomo Kenyatta y Houphouët Boigny, respectivamente) aseguraron que los miembros de sus gabinetes y partidos reflejaran cierta diver-

15 Jean Christophe Ruffin «Les conflits africains: Decadence et risorgimento?» No 23 Automne 1996. Relations Internationales et Strategiques

16 Naomi Chazan, Robert Mortimer, John Ravenill y Donald Rothchild, *Politics and Society in Contemporary Africa*, Lynne Rienner, 1992, Londres, p.127

sidad étnica¹⁷. Un aspecto esencial al modelo desarrollado, es el papel del intermediario étnico, cuya función es la de representante de los intereses y reclamos de sus constituyentes étnicos. Muchas de las actuaciones de las asociaciones y los partidos étnicos pueden ser asimiladas como de grupos de interés. Este rol, según los procesos, mostró una capacidad de elasticidad para sobrevivir y adaptarse a los cambios de regímenes. En Ghana, por ejemplo, los intermediarios étnico-regionales se han distinguido por su continuidad, primero, en el breve periodo de democracia parlamentaria posterior a la independencia, manteniéndose durante el sistema de partido único con Nkrumah, luego bajo un periodo semi-democrático y, por último, bajo el régimen militar.

Virtualmente, los gobiernos siempre han tenido que tratar con las instituciones políticas tradicionales. A pesar que las jefaturas fueron manipuladas y explotadas a beneficio del control colonial, éstas han sobrevivido de forma notoria. En Mozambique¹⁸, en donde el partido dirigente (FRELIMO) ha institucionalizado la eliminación de las jefaturas y los demás movimientos nativos, ha tenido que tratar con ellos para construir «el material y la base ideológica de una sociedad socialista». En Namibia¹⁹, a pesar de la hostilidad al «tribalismo», el gobierno SWAPO adoptó una actitud mucho más pragmática proponiendo la integración de los jefes tradicionales en la función pública y la reestructuración del sistema de sucesión por elección o nombramiento por consenso de las comunidades. Muy pocos son los estados que han podido manejar la etnicidad de forma democrática. De los pocos casos se puede citar Bostwana y la Isla Mauricio, quienes han tenido las ven-

tajas de un desarrollo económico continuo. En la mayoría de los casos, los serios problemas económicos y las duras restricciones de los programas de ajuste estructurales han exacerbado los conflictos, empeorando los equilibrios regionales que son la fuente primaria de las tensiones étnicas.

CONCLUSIÓN

El derrumbe del Estado en Somalia, la implosión del Estado en Liberia, el genocidio en Ruanda, el conflicto endémico en Burundi, el conflicto sin fin en Sudán y el fracaso de los regímenes, sean democráticos o militares, en Nigeria, todo lleva a afirmar el fracaso masivo en el manejo de la etnicidad.

No se puede afirmar que para realizar la construcción de la nación la mejor y más beneficiosa solución sea la adecuación del desarrollo económico con procesos de acomodación política. Sin embargo, es cierto que la etnicidad encierra temas de división de clases y que la miseria económica agudiza los conflictos étnicos. Los conflictos, de todos modos, son más manejables en circunstancias de desarrollo económico. Lo que se puede concluir del examen de los procesos de desarrollo de los estados es el fracaso de la construcción de la Nación. A pesar del entusiasmo post colonial de los 60's, en ningún espacio los métodos promulgados para la construcción de la nación han mostrado ser efectivos para crear una unidad alrededor del concepto importado de Nación. La etnicidad ha encontrado un nicho en nuestra intransigente realidad. Quizá, las soluciones radicales sean necesarias. Wole Syinka²⁰, el escritor nigeriano, afirma que: «deberíamos sentarnos con reglas redondas y compás para definir las fronteras de las

17 Jeremy Harding, *Small wars, Small mercies: Journeys in Africa Disputed Nations*, Penguin, Londres, 1993

18 Ibid., p.253

19 Joshua Bernard Forrest, «Etnic- state political relations in post- apartheid Namibia», *Journal of Commonwealth and Comparative Politics*, Londres, 32:3, 1994

20 The Economist, 10 sept.1995,p.14.

naciones africanas. Si realmente hubiéramos pensado evadir estas redefiniciones de las fronteras con la sola creación de la Organización de la Unidad Africana (OUA), seguramente el caso de Ruanda no nos hubiera hecho conscientes de forma tan brutal de la necesidad de este reto histórico».

Quizá, se está esbozando un comienzo con la independencia de Eritrea, y con la aceptación por Etiopía de un regionalismo etnocultural²¹. El derrumbe de Sudán por incompatibilidad de culturas llevaría al más prudente de los analistas a promover la partición arbitraria. Si las soluciones radicales fueron propuestas en los casos más desesperados, medidas más moderadas podrían dar a los Estados esta posibilidad democrá-

tica anhelada. El caso de la isla Mauricio puede ser un ejemplo. Las soluciones propuestas por Suráfrica - reducción de las rivalidades políticas con consecuencias positivas para alcanzar la estabilidad política, arreglos para compartir el poder -, pueden ayudar a la estabilidad y reducir los descontentos, fuente de conflicto interétnico.

La resolución de los conflictos en África subsahariana tiene un marco que va mucho más allá de la mirada de lo étnico. Sea tribal, étnica o nacional la identidad es el garante del desarrollo de los pueblos africanos y es esencial el reconocimiento de las responsabilidades para buscar soluciones propias. La Historia no se puede rehacer pero puede ser mejorada.



21 *Politique Africaine*, No. 65, 66, 67. Karthala, Paris.